

HOMILÍA DE MONS. FRANCISCO CERRO CHAVES, ARZOBISPO DE TOLEDO

MISA CRISMAL 2020

Queridos sacerdotes, que desde cualquier lugar, desde vuestras casas, desde cualquier parroquia lejana o cercana; desde cualquier situación de edad, mayores, recién ordenados, vivimos, como todos, una misa crismal muy muy especial.

Sobre todo porque es una misa crismal donde el sentido profundo es el encuentro y la celebración del obispo con todo su presbiterio.

Y donde no se puede realizar, porque por la situación que vivimos, se dejará para más adelante lo que también tenía como importante y clave esta misa crismal: la renovación de las promesas sacerdotales.

Sí que el obispo consagra el crisma; ese crisma que será ungido, sobre todo a aquellos que serán ordenados próximamente de sacerdotes, de presbíteros. Por lo tanto está presente, como también los que se van a confirmar, como también los enfermos.

Tiene tanto sentido esta Eucaristía que hemos dejado el mismo día, que se hace habitualmente, porque sigue teniendo para nosotros un significado y ahora más que nunca.

En lo que vamos, también, a bendecir para los enfermos no recuerda tantos y tantos en estos momentos están viviendo esta realidad desde su enfermedad, desde su dolor, desde su muerte.

En este sentido, uno puede pensar ante esta circunstancia que vivimos. Y yo me preguntaba estos días y me pregunto también continuamente. Y esta mañana, en mi rato de oración, me preguntaba qué nos queda de todo esto.

Después de nuestra vida, de todo lo que estamos viviendo, de nuestra vida sacerdotal ¿qué nos puede quedar? ¿qué nos queda? ¿qué no va a cambiar nunca? ¿qué es esencial?

Podemos tener más o menos presbíteros aquí. Hubiésemos tenido una misa crismal muy numerosa o con mucho público. Estamos a puertas cerradas y estamos, prácticamente, más que nunca en familia. Pero ¿qué nos queda?

Y yo reafirmo tres claves que me parece que nos pueden ayudar en este momento.

1) **Nos queda el Buen Pastor.** *“El señor es mi pastor. Nada me puede faltar”.*

A veces decimos en el Salmo y se traduce “El Señor es mi pastor; nada me falta”. Sí, pero podríamos decir: No me falta hoy, pero me puede faltar algo mañana. No. “El Señor es mi pastor; nada me puede faltar”. Ni ahora, ni aquí, ni mañana, ni nunca. Eso nos quedará siempre. Nos quedará el gozo inmenso de que el Señor es mi Pastor y nada me puede faltar. Y ese conocimiento profundo de Jesús como buen pastor. Ese conocimiento interno de Jesús, pastor de corazón bueno. Y eso siempre, en todo lugar, en toda circunstancia siempre lo podemos vivir.

Se cuenta que una vez se reunió un grupo de actores y de artistas y había un capellán, en aquel lugar, que conocía a todos aquellos; a muchos les había casado, había bautizado a sus hijos. Y estaban recitando el salmo del buen pastor tan conocido y alguien dijo que lo proclamara, que lo declamara una persona que supiera, que tuviera vena de artista y alguien de allí de los artistas lo leyó preciosamente, por cierto, y muy hermosamente, con una precisión inmensa.

Pero alguien, también, dijo que estaba allí el sacerdote y que él también lo recitara.

Al actor le dieron un aplauso inmenso por lo bien que había ejecutado la obra. Pero cuando lo leyó el sacerdote mayor y anciano, todos empezaron a llorar de emoción y alguien dijo: “el otro sabe y conoce verdaderamente el texto, pero este sacerdote conoce al pastor.” Conocía de quién estaba hablando, conocía la interioridad y el corazón del buen pastor. Nos queda a todos esta alegría y este gozo del buen pastor.

Pensar, en estos momentos, en tantos sacerdotes en los hospitales, en las residencias con los mayores, que están siendo protagonistas de una entrega y de una generosidad impresionante.

Ahí están tantos sacerdotes, en sus parroquias, que se las están inventando como sea, con tal de llegar a sus fieles.

Son miles de gestos de sacerdotes que conocen al buen pastor.

Nos queda esto. Y esto es esencial. Nadie nos puede quitar el amor de Jesucristo, nadie nos puede arrebatarnos la alegría. Y pienso ahora mismo en tantos y tantos sacerdotes que están viviendo como yo, como arzobispo de Toledo, una situación única. Pero no, por eso, deja de ser rica y no, por eso, deja de ser una bendición de Dios. Convencido de eso.

Pienso en tantos y tantos sacerdotes que a lo largo y ancho de esta geografía, que es nuestra archidiócesis de Toledo, están en estos momentos, unido a mí, unido al Pastor, conociendo en profundidad al buen pastor que entrega la vida por las ovejas y recitando lo que dice el Salmo: aunque

camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan.

Recuerdo que haciendo un curso en la universidad gregoriana de Roma sobre Ejercicios Espirituales, dirigido por un famoso jesuita, él contaba que una vez, haciendo Ejercicios Espirituales se dedicó a meditar en el salmo del Buen Pastor. Y decía que había una frase que le cambió toda la vida; de tal manera que, posteriormente, escribió un libro que no se tradujo al castellano, pero un libro precioso cuyo título era “Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida”. Y esto decía este famoso jesuita que había sido su vida. Y esto le hizo salir de todas las dificultades y crisis que tenemos. Porque ¿qué es un pastor según el Corazón de Cristo? El que sabe que toda su vida, a las duras y a las maduras, está acompañada por la bondad y la misericordia, todos los días de la vida. Quizá no nos acompañe, a veces, tanta salud o tanto bienestar o tantas cosas que nos gustaría; pero “tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida”.

- 2) **El amor a la gente.** El pastor habla de ovejas. El pastor habla de personas. ¿Qué nos queda siempre? El afecto, el amor, la entrega a la gente. Hay una frase preciosa de la Misa de San Francisco de Borja que dice: “Que yo comprenda, Señor, que no existe alegría más grande que la de gastarse y desgastarse en tu servicio”. Nos queda siempre eso.

Recuerdo cuando estuve en la primera visita con el papa Francisco. Recuerdo aquella *visita ad limina*, en la que estuvimos dos o tres obispos más con él. Y estuvimos, prácticamente, una hora y media. Y yo recuerdo que él decía cómo el prestigio de tantos y tantos sacerdotes, que quizá no se dé mucha publicidad, pero que están siendo muy queridos por la entrega que tienen a todo el Pueblo de Dios; a tanta gente. Están ahí de una manera discreta, no, tal vez, siendo protagonistas, pero están haciendo algo tan hermoso y eso nos va quedar siempre.

Cuando una persona ama y entrega su vida como dice preciosamente Juan Pablo II, en la exhortación apostólica “**Pastores dabo vobis**”. Cuando uno, como dice el papa Francisco, huele a oveja (es una expresión muy feliz que tuvo él); es decir, que se ve que se entrega totalmente a los demás; entonces se descubre que te queda ese afecto y ese cariño y ese amor.

El sacerdote es muy querido cuando vive su sacerdocio con coherencia y cuando vive realmente una entrega inmensa la gente.

3) Y por último. Nos queda **el Corazón del Buen Pastor**. Nos queda la alegría y ese cansancio que forma parte de nuestra vida. El papa Francisco también lo repite mucho: cuando llega el sacerdote cansado, después de un día y una jornada entregada, queda siempre esa alegría de saber que se está en el camino del Señor y de saber que pasa el tiempo, pasa la vida; que pasará esta circunstancia, pero no pasará el buen pastor, que entrega la vida por las ovejas con corazón bueno; ni pasará el reconocimiento de tanta gente que sabe de nuestra vida, de nuestra entrega y que nos gastamos y desgastamos.

Pero el sacerdote que vive coherentemente tendrá la alegría que decía el papa Juan Pablo II en *Pastores dabo vobis*: “Dejarse devorar”. Es una expresión muy dura; pero a veces, uno entiende que es así. ¡Cuántos sacerdotes, desde por la mañana hasta por la noche, no paran! ¡Cuánta entrega y cuánta generosidad! Y esta será la mejor campaña vocacional que podemos hacer. Si queremos que nuestro Seminario siga lleno y se llene cada vez más y tengamos muchas vocaciones, aunque sean difíciles y circunstancias difíciles, tenemos que tener personas que vivan su vida sacerdotal con alegría y con gozo.

No existe nada más atrayente que una persona que vive su vocación con alegría; que no se ha instalado en la queja, sino en el agradecimiento.

Cuando uno lo vive así, cuando uno vive el agradecimiento de tantas y tantas cosas que hemos recibido. Decía el papa Juan Pablo II: “Estoy feliz de ser papa y también de haber sido obispo. Pero lo que más me ha hecho feliz es haber sido sacerdote.”

Celebrar la Eucaristía, perdonar los pecados, tener una comunidad, como tantos sacerdotes de pueblo y de parroquias que tenéis de todo: niños, jóvenes, enfermos, ancianos, mayores, que estáis en el pueblo entregando la vida, que vivís con ellos y que hacéis esa labor tan magnífica.

Todo esto es lo que es nuestra labor. ¡Qué alegría y qué gozo poder celebrar la Eucaristía!

Fijaros si esto es importante con el pueblo, que la Iglesia, probablemente, por primera vez en su historia, permite que los sacerdotes puedan celebrar la Misa de Jueves Santo sin pueblo; porque normalmente no se entiende nuestra vida sin los fieles, sin entregar la vida, sin ser el pastor bueno.

En la medida en que nuestra vida se une a Jesucristo, nuestra vida es algo tan precioso como una entrega total y absoluta a los demás.

Todo esto nos queda, hermanos. Me queda a mí como arzobispo, os queda a vosotros como sacerdotes. Nos queda a todos los cristianos.

¿Quién podrá quitarme el amor de Jesús? ¿Quién podrá arrebatarme absolutamente nada de eso?

Como queda a tantas y tantas personas que, en estos momentos de pandemia, están entregando la vida, en tantos hospitales, en tantos lugares. Y la Iglesia agradece esa labor tan impresionante que están haciendo hombres y mujeres jugándose la vida por estar en un servicio tan inmenso. Y que, también, eso nos va a quedar: el amor con que hayamos vivido todas las cosas.

Pasa el sufrimiento, pasan muchos problemas pero no pasa nunca el corazón bueno que ha entregado la vida porque se ha identificado con el buen pastor porque confía en el Señor y porque ha descubierto los cuatro grandes regalos que nos hace el Corazón de Cristo en el Cenáculo: la Eucaristía; el Sacerdocio - no existe eucaristía sin sacerdocio ni sacerdocio sin Eucaristía-; el mandamiento del Amor, donde estamos viendo, en estos días, cantidad de expresiones de este tipo; sobre todo me impresionan muchos sacerdotes que están dando la vida y jugándose por Cristo. Y por último, también precioso, el gesto de ponerse de rodillas para servir a la humanidad.

Quien no se pone de rodillas ante el hombre herido, en el camino de la vida, no entenderá nunca lo que es el Buen Pastor, que lo deja todo por servir a las ovejas.